



NÚMERO VII.

1.º DE JULIO DE 1851.

—¿Tan mal te encuentras á mi lado, Ricardo mío, que desees abandonarme? Eres todavía muy niño para que puedas soportar las fatigas de la guerra.

—Mucho sentiria dejaros, mamá mia; pero un noble está mal encerrado entre cuatro paredes como una mugereilla, mientras que su padre se bate con denuedo contra los enemigos de su patria.

—Me llenan de orgullo esos arranques de tu noble estirpe; pero antes de batirte es necesario adquirieras las fuerzas necesarias para soportar la pesada armadura.

—En nuestra sala de armas las hay de todos tamaños. Voy á probarme una.

Y sin esperar mas razones, marchó Ricardo á ejecutar su proyecto, presentándose á pocos instantes á su mamá armado, como suele decirse, de punta en blanco.

La escena de que acabamos de hablar pasaba en un viejo castillo que domina la ciudad de Pont-Gibaud, distante algunas millas de Clermont, al lado opuesto del de Puy de Dôme. Este antiguo edificio, como todos los de su clase, tenia un aspecto sólido é imponente. Su forma era un cuadrilátero, en cuyo centro se hallaba un patio, y en uno de sus ángulos un soberbio torreón, redondo, con tres pisos que presentaban igual número de bóvedas esféricas y prolongadas. En el centro del piso bajo habia una abertura circular, única entrada de la prision, vasto foso húmedo, en donde se enterraban los prisioneros, descendiendo por medio de una cuerda y una polea.

Matilde y su hijo ocupaban esta parte baja del edificio. En aquellos tiempos de barbarie y de guerra fratricida, en los cuales cada Señor era un soberano enemigo de su vecino, se tomaban las mayores precauciones para evitar la fuga de los prisioneros, y las nobles damas estaban encargadas de vigilar por sí mismas la fidelidad de sus súbditos, cuando sus esposos se hallaban en campaña.

Matilde, sin embargo, tenia un corazón demasiado sensible y generoso para ver con indiferencia los sufrimientos de sus semejantes, aunque estos fueran sus enemigos. En el momento que se le presentó su hijo cubierto con una pesada armadura, meditaba esta noble Señora un acto de clemencia, de que la siguiente conversacion enterará á nuestros jóvenes lectores.

—Mi querido Ricardo, eres un apuesto y gentil mancebo; pero mientras tú meditas proyectos de destruccion y exterminio, yo habia pensado en desenterrar algunos infelices que gimen bajo nuestras plantas.

—¡Cómo, señora! ¿vais á dar libertad á los enemigos de mi padre?

—Escúchame, Ricardo: la clemencia suele hacer de los contrarios nuestros mejores amigos. Ademas, yo habia pensado en que los interrogáramos. Veriamos qué causa los tiene encerrados en esa horrible maz-

morra; y tú y yo pensaríamos si es posible concederles la libertad sin peligro para tu padre.

—No tengo gran confianza en que esos hombres sean dignos de compasion. Mi padre los hubiera ya puesto en libertad, si asi fuera.

—Las pasiones suelen ofuscarnos á veces, y el tiempo falta con frecuencia á los nobles Señores para juzgar imparcialmente á sus enemigos.

—¿Y si se enoja el conde, mamá mia?

—No se enojará, si somos justos. Antes bien nos dará gracias. Te confesaré, hijo mio, que no puedo dormir con tranquilidad, sabiendo que esos infelices presos gimen en ese sepulcro.

—Pues convenido.

Llamóse al alcaide de la prision, y entablóse con él el siguiente colloquio:

—¿Cuántos prisioneros hay, Alberto? le dijo la condesa.

—Tres, señora; el conde ha dado libertad á casi todos antes de salir, y solo dejó encerrados á los tres que le parecieron temibles.

—¿Lo oís, mamá mia? dijo Ricardo.

—Quisiera interrogar á los tres prisioneros.

—Como gustéis.

—Presentádmelos uno á uno.

Hizo el alcaide una profunda reverencia á la condesa, y dispúsose á cumplir su mandato. Los guerreros que estaban de guardia levantaron la pesada puerta de la mazmorra, y dieron voces á los prisioneros, á fin de que uno de ellos, atándose de la cuerda, se dispusiera á subir adonde ellos se hallaban. Hubo entre los prisioneros un pequeño altercado sobre cuál debía ser el que pasara á la mansion del dia; pero el alcaide les advirtió que subirian todos uno tras otro. Entonces, atándose uno de la cuerda, tiraron de él los guerreros, y llegó asi á la habitacion que estos ocupaban. Condújole el alcaide á la presencia de la condesa y su hijo.

—Señora, dijo el alcaide, aqui teneis uno de los prisioneros, y le presentó un jóven de unos veinte y dos años extraordinariamente pálido y demacrado.

—¿Cómo os llamais, le dijo la condesa?

—Alfredo, señora.

—¿Qué os ha hecho mi esposo para tomar contra él las armas?

—Vuestro esposo..... nada, señora; pero yo soy escudero del noble Señor de C..., que me ha educado y hecho su escudero. El señor conde ha entrado en lucha con mi señor por la posesion del feudo de uno de sus parientes. La lucha ha sido adversa para mi amo, y he caido prisionero en la última refriega.

—¿Y no habeis cometido otro delito?

—Defendiendo con denuedo á mi señor, maté á uno de los mas fieles

servidores del conde vuestro esposo; este ofreció vengarle, y cumplió su palabra.

La condesa lanzó una mirada significativa al niño Ricardo, y dijo luego:

—Y si yo os concediera la libertad, ¿qué haríais?

—Señora, volvería al servicio de mi señor.

La condesa hizo señal al alcaide para que se llevase al prisionero, y que le tuviera custodiado sin volverle á la prision. Al poco rato el alcaide condujo ante este singular tribunal, compuesto por una ilustre dama y un niño, á otro de los prisioneros. Era este un hombre de unos cincuenta años, cuya larga barba y entrecana le daban un aspecto de fiera noble y generosa.

—¿Quién sois? le dijo la condesa.

—Un desgraciado. Mis amigos me llaman el Buen Renato; mis enemigos, Renato el Fiero. He tomado las armas contra el conde para defender mis tierras, injustamente taladas por sus hordas guerreras. La suerte me ha sido adversa: soy prisionero.

—Y si yo os concediera la libertad, ¿qué haríais?

—Si la aceptaba, sería para vos Renato el Bueno.

—¿Y la aceptáis?

Vaciló algun tanto, y luego, lanzando una mirada sobre la madre y el hijo, dijo simplemente:

—Sí.

—Pues sois libre.

Ricardo entonces corrió hácia el prisionero, desató sus ligaduras y le tendió cordialmente la mano.

El alcaide dió entonces á Renato un salvo-conducto firmado por la condesa, y se fué á traerle el último de los prisioneros. Su aspecto prevenia desde luego á su favor. Caían sus rizados cabellos sobre sus hombros y cubrian su cara, que revelaba una extraordinaria dulzura en medio de su palidez.

—Jóven, dijo la noble señora, ¿qué causa os ha conducido á las prisiones de mi esposo?

—Mi familia, condesa, profesa un odio hereditario á los descendientes de Giwal, fundador de este castillo. No conozco al conde vuestro esposo, pero me educaron inspirándome odio contra él, sentimiento que fué creciendo en mi ánimo, porque me parecia justo.

—¿Y todavía lo creéis así?

—Si antes de venir á ser su prisionero le odiaba, juzgad si podré amarle desde que habito esa mazmorra donde me ha sumido.

—¡Terrible fatalidad! dijo la condesa; y si yo os devolviera la libertad y os restituyera á la vida, ¿conservaríais ese odio contra mi familia?

—Os dije que este sentimiento habia nacido conmigo.....

CASCADA DE PONT-GIBAUD.



—¡Y no podrías combatirle! ¿Con ese rostro de bondad poseerías un corazon de diamante?

—Os confesaré, señora, que algunas veces he pensado en el sentimiento de odio que me inspiraba vuestra familia, y no he sabido darme razon de él.

—Yo te lo explicaré, repuso Ricardo; yo tambien he aprendido á odiarte sin conocerte. Ahora veo que tenia razon.

—No digas tal, Ricardo mio, dijo la condesa; miraos mutuamente. ¿Qué hay entre los dos de repugnante? ¡Oh! ¡Cuándo querrá el cielo que se acaben estos odios sin motivo que tan terribles efectos causan!

—Noble señora, mi buena madre poseia los mismos instintos de bondad que os adornan; y aunque los que me rodearon desde la cuna trataron de contrariarlos, al oirlos renace en mi alma el recuerdo de los sentimientos generosos de una madre que adoraba.

—Es imposible el odio en pechos nobles como los vuestros. Ofrecedme que le desterrareis de vuestro corazon, y os ofrezco la libertad.

—Mi madre habla por vuestra boca desde el cielo. Os obedezco. Disponed de mí.

—Sois libre.

Entonces Ricardo, despues de abrazar á su contrario, dijo á su madre: ¿Y qué hacemos del primer prisionero?

—Que le pongan tambien en libertad. No puedo exigir de él que abandone el servicio de su amo; pero creo recordará á la que le ha dado libertad y á su hijo.

II.

El acto de clemencia de que acabamos de hablar, habia tenido lugar en el viejo castillo de Pont-Gibaud, por los años de 1095. Siete años despues acaecieron en el mismo paraje sucesos que nos harán apreciar sus resultados.

En la humanidad todo está mezclado de bienes y males. Asi el feudalismo que creó tantos abusos, y que digámoslo así, multiplicó y fraccionó el poder despótico, produjo el desarrollo de los sentimientos de familia y de dignidad individual, de que mas tarde nacieron el derecho privado, y el sentimiento del honor, origen de tantos actos heroicos y magnánimos.

Esto mismo nos revela la anécdota, cuento ó historia, que de todo tiene la de que nos vamos ocupando.

El castillo de Pont-Gibaud ha pertenecido á los delfines de Auvernia. El rio Sioule corre no lejos de esta feudal morada, abriéndose penosamente paso al través de elevadas rocas, y reuniendo en su seno otro riachuelo, que triscando por aquellas asperezas, forma bonitísimas y espumosas cascadas.

Siete años después del acto de clemencia de la condesa Matilde, aquella comarca se hallaba en alarma.

El conde preparaba sus huestes para resistir á su contrario el Señor de C.... Al lado de este iba su fiel escudero, antiguo prisionero del conde, y al cual diera libertad la condesa. Renato y Leon de Thierry, los otros dos prisioneros, militaban como aliados al lado de su antiguo enemigo el Conde. Ricardo, su hijo y heredero, caminaba orgulloso al lado de su padre. La buena y generosa condesa Matilde se daba á sí misma el parabien al ver á dos enemigos temibles convertidos en amigos, y aunque el escudero luchaba al lado de su antiguo señor, creía no deber arrepentirse de haberle concedido libertad. Sin embargo, agitada por el peligro que iban á correr personas tan queridas, subióse á lo mas elevado de la torre del castillo, de que ya hemos hablado, y rodeada de su servidumbre y damas, se preparaba á contemplar el terrible combate.

Era el amanecer del 11 de julio de 1102. Los rayos del sol, reflejándose en las limpias y argentinas armaduras de los caballeros, presentaban á estos como sumergidos en una atmósfera brillante.

—¡Cuánto tengo que agradecer á la condesa por haberme proporcionado un amigo tan leal y valiente como vos! decía el conde á Renato. Jamás me perdonaré lo que os hice padecer.

—La bondad de la condesa y vuestra amistad sincera me indemnizan sobradamente. Eramos enemigos, porque no nos conocíamos.

Mientras el conde y Renato cambiaban entre sí estas palabras, Ricardo, su hijo, y el joven Leon de Thierry, se daban las mas cordiales muestras de afecto, y recordaban tambien la bondad de la condesa. Seguales esta con la vista, sintiendo en su alma toda la agitacion que en tales casos experimenta una buena esposa y una madre tierna.

Sin embargo, el momento solemne se acercaba. Los enemigos se aproximaban á las huestes del conde con un ardor extraordinario. Empeñose por fin una terrible y formidable lucha, que la excelente condesa presenciaba siguiendo todos los accidentes. Renato salvó por dos veces la vida al conde, y el joven Ricardo debió la suya en diferentes encuentros al esforzado Leon de Thierry. La victoria se mantenía indecisa. El denodado Ricardo quiso hacer un esfuerzo con los suyos para inclinarla á favor de las huestes de su padre, y cuando el éxito iba á coronar su valor y pericia, desbocándose el caballo, se lanzó con él por una de las cascadas que formaba el rio, á cuyas márgenes se daba la refriega.

Un ¡ay! lastimero y triste salió en aquel instante de los labios de la condesa, que cayó desmayada en los brazos de sus damas.

Algunas de estas seguían, no obstante, con la vista los diversos accidentes del combate. Observaron entonces con admiración que de las filas enemigas se había lanzado como un rayo hácia la cascada un caballero, que despojándose de su armadura, se arrojó en las aguas, logrando sacar de ellas al joven y esforzado Ricardo. Mientras esto pa-

saba, las huestes del conde habían arrollado por todas partes las de su contrario: el Señor de C..... era su prisionero.

Los victores, el estruendo de las armas que se aproximaban al castillo, y los socorros prestados por sus damas, hicieron recobrar los sentidos á la condesa.

— ¡Y mi hijo! ¿dónde está mi hijo?.... ¡Ricardo, Ricardo!!! y mil sollozós despedazan el corazon de esta desolada madre.

— Tened esperanza, le dijo una de las damas. Vuestro hijo ha sido sacado de la cascada por un valiente caballero de las filas contrarias.

— ¡Bendita sea la Providencia! dijo la condesa, y arrodillándose añadió: ¡Señor, señor, conservad á mi hijo! salvad á mi buen Ricardo.

— No temais, señora, el conde ha triunfado. Sus enemigos huyen. Muchos han perecido y otros han sido hechos prisioneros y van á ser conducidos al castillo.

— ¡Dios mio, Dios mio, siempre desgracias!....

En este momento el conde, acompañado de Renato y Leon de Thierry, cubiertos de sangre y polvo, y resplandecientes de gloria, entraron en la habitacion de la condesa. Al verlos esta lanzó un grito de alegría y se arrojó en los brazos de su esposo; pero separándose de repente de ellos dijo desolada.

— ¿Y mi hijo, señor, dónde está mi hijo?

— Le creo en salvo, y le hago buscar en este momento.

— No debiérais presentaros á mí sin vuestro hijo, replicó la condesa con dulzura, aunque mas tranquila.

En esto oyose grande algazara en el castillo, y abriéndose las puertas, entraron por ellas el escudero del Señor de C..... con los vestidos empapados de agua, y conduciendo de la mano al joven Ricardo.

— Señora, dijo al entrar á la condesa, aquí teneis á vuestro hijo.

Madre é hijo se lanzaron en los brazos uno de otro. La condesa cubrió de besos el rostro de Ricardo, y luego dijo á su libertador:

— Os debo mas que la vida. ¿Qué deseais de mí?

— Nada, señora, no hice mas que pagaros una deuda de honor.

— Yo no os impuse condiciones cuando os saqué de la prision; ¿qué deseais? replicó la condesa.

— Ya que asi lo quereis, os haré una súplica.

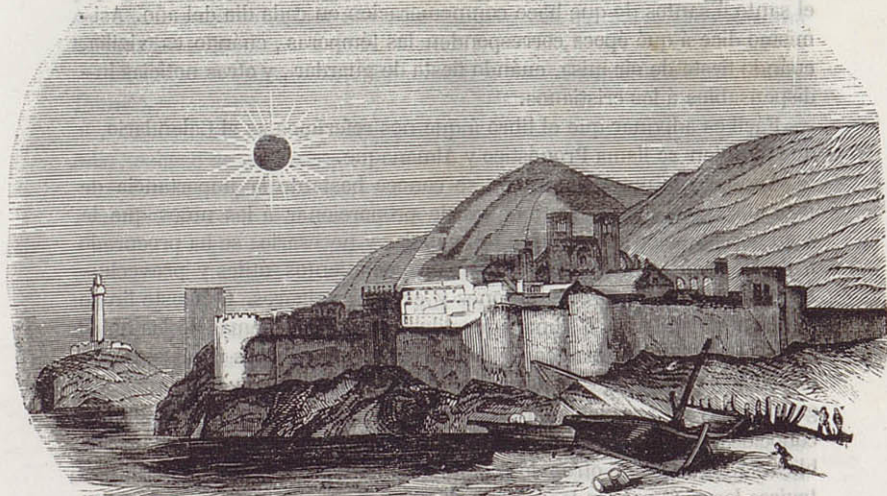
— Hablad, hablad, repitieron todos.

— Pido la libertad del Señor de C..... que acaba de caer prisionero.

— Os la otorgo, dijo el conde.

Diez dias despues de esta escena se firmaba un tratado de paz entre el conde y el Señor de C..... La mas estrepitosa alegría reinaba en el gótico castillo.

La condesa Matilde hizo erigir una columna cerca de la cascada donde habia sido precipitado su hijo. En este monumento se leia la inscripcion siguiente: *A la Clemencia.*



ECLIPSE DE SOL.

Hay un libro ó periódico, pues de ambas cosas participa, que en pocas páginas reúne noticias muy importantes y necesarias á toda clase de personas. Hállase lo mismo en la chimenea del sencillo labriego y entre las herramientas del modesto artesano, que en el bufete del sábio y del elevado magnate, y en el despacho del ministro y en el de los reyes: niños y adultos, hombres y mugeres, en una palabra, cuantos saben leer, hacen uso de él y lo hojean con frecuencia.

Este libro trata de asuntos civiles y religiosos. Contiene la division del año en meses, semanas y días; señala la salida y ocaso del sol y la luna, los puntos del cielo en que se halla el primero de estos dos astros y las fases del último, así como las épocas en que empiezan las estaciones del año. Augura varios fenómenos astronómicos, hace pronósticos diversos que suelen dar pábulo á la curiosidad, y no rara vez á la superstición, é indica las ferias que celebran los pueblos.

Bajo el punto de vista religioso, no tiene menos importancia. En él se hallan anunciadas las principales festividades que celebra la Iglesia y el santo ó santos de que hace conmemoracion en cada día del año. Asimismo dice á qué época corresponden las témporas, cuándo es vigilia, cuándo fiesta de oír misa, cuándo fiesta de guardar, y otras noticias indispensables á los cristianos.

Fácil es adivinar que el libro á que nos referimos es el Calendario, á que tambien se llama Pronóstico y Almanaque.

Aunque sea muy común, no se conoce bastante la importancia de este libro y la instruccion que puede proporcionar á los niños que le lean con atencion. Como libro tan popular y necesario, se ha procurado hacerlo servir para generalizar otros conocimientos útiles y provechosos, y desvanecer preocupaciones y errores vulgares. Con este fin se publican Calendarios ó Almanques ilustrados, que ademas de las noticias expresadas, abrazan consejos higiénicos, pronósticos rurales, la explicacion de fenómenos comunes, y poesías, cuentos, leyendas que hagan atractiva y agradable su lectura. Si estos Almanques no son tan conocidos en España como conviniera, pues apenas ha empezado á publicarse alguno que otro, los comunes pueden servir mucho para instruirse los niños aplicados. Veamoslo con un ejemplo.

Pocos dias ha, al volver de paseo con un amigo, entramos en su casa á descansar. Tomamos asiento en una sala donde habia varios niños alrededor de la mesa, los cuales, despues de saludarnos, continuaron su tarea, siguiendo nosotros la conversacion interrumpida por un momento.

Ni habiamos reparado al entrar en qué se entretenian los niños, ni nos cuidábamos despues de prestar atencion á sus contiendas por considerarlas insignificantes y pueriles. Sin embargo, no era así.

Al poco rato de habernos sentado, abandonando los niños la mesa, se vinieron á nuestro lado y nos rodearon. Uno de ellos, el mayor de todos, llevaba en la mano un librito, que desde luego reconocimos ser el Calendario. Todos hablaban á un tiempo, y no era posible entenderlos. Por fin, tomando la palabra nuestro amigo, que era el padre de los niños, para preguntarles el motivo de aquella ocurrencia, le escucharon con respeto y atencion, y se restableció el orden. Entonces contestó uno de ellos sonriéndose y dando á sus palabras un tono de incredulidad.

«Dice Juanito que en el mes de julio de este año se ocultará el sol poco despues de las dos y cuarto de la tarde.»

—Sí señor, se apresuró á replicar Juanito con seguridad; el día 28 á las dos y 19 minutos de la tarde.

—¿Cómo es eso? preguntó el padre.

—Acabo de verlo en el Calendario.»

Recordamos entonces que en el expresado dia hay en efecto eclipsarse

visible de sol. Esto nos explicó el motivo de la contienda entre los niños; y el padre, que no desperdiciaba nunca estas ocasiones de instruir á sus hijos, quiso examinar al mayor en geografía astronómica, y dar una lección á los demás.

«Veamos el Calendario, dijo entonces; lee lo que has visto antes, Juanito.

—Y leyó este con voz clara y con excelente entonación: «El 28 de julio, eclipse de sol *visible*.»

—Bueno, replicó Cárlos, que era el niño que habia hablado primero; ¿qué tenemos con eso? porque haya eclipse, ¿se ha de oscurecer el sol?

—Parece que te has empeñado hoy en contradecirme en cuanto digo.

—¿No te he de contradecir? Si dices que el sol está fijo y que se mueve la tierra, y añades luego que se oscurecerá el sol á mitad del día; ¿quién no ha de creer que te burlas de nosotros?

—Pero ya os he dicho que, si nos parece que se mueve el sol, es por una ilusión de nuestros sentidos; porque nos engaña la vista. Os he recordado que, al pasar un día el puente del Manzanares, cuando fijábamos la vista en la corriente, que habia tomado incremento por efecto de las lluvias, parecia moverse el puente con la misma velocidad y en sentido inverso que las aguas. Tambien os he dicho que el que va en un barco y fija la vista en las márgenes del canal, atribuye tambien á estas el movimiento, haciéndose la ilusión de que el barco permanece en reposo. De aquí deducia....

—Convenido, le interrumpió Cárlos en el mismo tono de incredulidad; mas no se infiere de todo eso que gire la tierra en derredor del sol.

—Por lo menos se infiere, contestó Juanito, que puede engañarnos la vista, y que no es razon para sostener que se mueve el sol el que así nos lo parezca.

—Es verdad, dijo entonces el padre, y todos habeis estado en vuestro derecho al sostener cada uno su propia opinion en esta materia. Me complace mucho que no deis asenso con facilidad á lo que carece de algun fundamento, porque la credulidad, muy natural en la infancia, suele ser causa de muchos errores; pero debeis creer lo que os dicen los que saben mas que vosotros, cuando no tengais razones que oponer en contrario. Aunque no esten á vuestros alcances las pruebas de que gira la tierra en derredor del sol, está sin embargo demostrado hasta la evidencia, y debeis creerlo bajo mi palabra. Pero volvamos al eclipse.

—La dificultad que á mí se me ofrece, dijo Cárlos, es que pueda oscurecerse el sol en medio del día, pues no lo he visto yo nunca.

—Tambien he dado la razon que hay para esto, contestó Juanito sin titubear. Que no sean comunes los eclipses visibles de sol, nada prueba en contrario. Lo que no podeis dudar es que, la pantalla interpuesta entre nosotros y esa bugía, impide que los rayos de luz que emite lleguen

directamente á nuestra vista; y no negareis tampoco que, á interponerse un cuerpo entre el sol y nosotros, se nos ocultarian los rayos solares. Esto es precisamente lo que sucede en los eclipses. Por efecto del movimiento de la tierra alrededor del sol, y de la luna alrededor de la tierra, resulta una vez al mes que la tierra se interpone entre el sol y la luna, y otra que la luna se interpone entre el sol y la tierra. En el primer caso puede suceder que la tierra no deje llegar la luz del sol á la luna, y se eclipse este astro, que, no teniendo luz propia, no hace mas que reflejar la que recibe del sol; en el segundo puede hacer la luna el oficio de esa pantalla, es decir, interceptar los rayos solares, y entonces hay eclipse de sol.

—De esa manera, replicó Cárlos, que no se daba por vencido, debía haber un eclipse de sol y otro de luna cada mes, y no es así.

—Eso es un error disculpable, de que ya hubieras salido á no interrumpirme, contestó Juanito. Sucedería lo que dices, cuando las órbitas de la tierra y de la luna, esto es, las curvas que describen en su movimiento de traslación, se hallasen en un mismo plano, lo que no es así. Si levantas ó bajas esa pantalla, no dejará de estar interpuesta entre nosotros y la bugía, y sin embargo, no interceptará la luz. Para que la intercepte, es preciso que se halle en la línea recta que va de nuestro ojo al foco de luz. Lo propio debe suceder para que haya eclipse; es menester que la línea recta que podemos suponer de un astro á otro, toque también al tercero; y como no tiene esto lugar todos los meses, por efecto de la inclinación de la órbita de la luna con respecto á la de la tierra, de aquí el que no ocurran los eclipses con tanta frecuencia como dices. El eclipse de sol del día 28 se verificará, porque en aquel día se hallará la luna entre la tierra y el sol, y en la misma línea recta, á lo que se llama *conjunción* de los dos últimos astros, y hará el mismo oficio que esa pantalla.»

No sabiendo Cárlos qué replicar, permaneció en silencio, y el padre, que habia escuchado con indecible satisfaccion á su hijo, complaciéndose al ver sus progresos en el estudio, confirmó sus asertos con otros ejemplos y razones, y excitó á sus hermanos á imitarle. Elogió al uno por el acierto con que habia satisfecho la curiosidad de sus hermanos, y á los otros por la incredulidad manifestada en un principio, la cual, no traspassando ciertos límites, es un poderoso medio de descubrir la verdad, y todos quedaron contentos y satisfechos.

Para completar la lección que Juanito habia dado á sus hermanos, habló luego el padre del imponente espectáculo de un eclipse de sol, del terror y asombro que producía antes de que los astrónomos supieran calcular su aparición, y del que produce aun en los ignorantes, y lo mismo de las supersticiones á que da lugar, deduciendo de todo la necesidad del estudio, y haciendo resaltar la omnipotencia y bondad del Criador de

todas las cosas. Por fin, tomando un libro y señalando algunos pasajes, dijo á Juanito:

«Lee aquí la descripción del efecto producido por el último eclipse total de sol, acaecido en 8 de julio de 1842.»

Tomó Juanito el libro, y leyó con todo desembarazo lo que sigue.

«De repente dejó sentirse una impresión inesperada y sublime. Transformóse en un instante el aspecto del cielo y la tierra bajo el punto de vista de la luz, de la sombra y de los colores; fué tal el cambio de los objetos, que el momento anterior al eclipse no se parecía en nada al que le siguió, ni era capaz de dar la menor idea de él. Aparecieron á simple vista, en diferentes puntos del cielo, como una docena de estrellas ó planetas. En Mompeller dejaron sus guaridas los murciélagos, figurándose que había llegado la noche; un buho atravesó la plaza de Peyrou; desaparecieron las golondrinas; retiráronse las gallinas; los bueyes que pacían libremente cerca de la iglesia de la Magdalena, se colocaron en círculo, apoyándose mutuamente, con los cuernos hácia afuera, como para resistir un ataque; los pájaros cesaron de cantar en el campo. En Cremona y en Venecia, los pájaros de diferentes especies, y entre otros, las golondrinas, chocaban contra las paredes, y caían en tierra, aturdidos del golpe. En cuanto al efecto producido en el hombre, escuchemos á Arago, que observaba desde la ciudadela de Perpiñán.

Aproximábase la hora en que había de principiar el eclipse, y mas de veinte mil personas, con cristales ahumados en la mano, examinaban el globo radiante del sol que se proyectaba en el azul del cielo. Apenas empezamos á percibir una pequeña sombra en el borde occidental del sol por medio del telescopio, cuando un grito inmenso, mezclado de veinte mil gritos diferentes, nos advirtió que solo nos habíamos adelantado algunos segundos á la observación hecha á simple vista por algunos astrónomos improvisados. Una viva curiosidad, la emulación, el deseo de que nadie se anticipase, parecía haber concedido á la vista natural una penetración, un poder inusitado.

Entre este momento y los que precedieron inmediatamente á la desaparición total del astro, nada observamos que merezca referirse en el continente de los espectadores. Pero desde que el sol, reducido á un hilo estrecho, comenzó á difundir sobre nuestro horizonte una luz sumamente débil, apoderóse la inquietud de todo el mundo. Todos sentían la necesidad de comunicar sus impresiones á los que les rodeaban. Entonces empezó á oírse un rugido sordo, semejante al del mar lejano después de la tempestad. El rumor aumentaba por momentos á medida que se ocultaba el sol; desaparece del todo el astro; sucédense súbitamente las tinieblas á la claridad, y el silencio mas absoluto señala esta fase del eclipse tan claramente como el péndulo de nuestro reloj as-

tronómico. Reinó también en el aire la calma mas profunda: los pájaros habían cesado de cantar.

Después de unos dos minutos de solemne silencio, mil gritos de alegría, mil aplausos frenéticos, saludaron á la vez y espontáneamente la reaparición de los primeros rayos del sol.»

Terminada esta lectura, parecia estar los niños absortos, como si hubiesen presenciado el eclipse. Para sacarlos de aquel estupor fue preciso que les recordase el padre el eclipse que debia tener lugar el 28 de julio. Entonces Carlos, que era el mas atrevido, preguntó:

—¿Será este eclipse como el que describe el libro que acaba de leer Juanito?

El eclipse de 28 de julio, dijo el padre, será total como el del año 1842, es decir, se oscurecerá el sol completamente, pero no para todos los puntos de la tierra. Como el diámetro de la luna es menor que el del sol, la sombra que proyecte la luna no puede cubrir todo el globo terrestre, así como si esa pantalla fuese de menores dimensiones que el foco de la luz de cuyos rayos nos preserva, no impediria que llegasen estos á nuestros ojos, sino colocándonos en cierto punto de la habitación. El eclipse de sol para los habitantes de Madrid no será mas que parcial, que es lo mismo que decir que solo aparecerá en sombra una parte del astro. Según los cálculos de los astrónomos, para los observadores de Madrid se eclipsará el sol cinco dígitos, que equivale á algo menos de la mitad de su disco, y aparecerá la sombra hácia la parte superior y occidental del astro.

—¿Y podremos verlo, preguntó Carlos con impaciencia?

—Sí, respondió el padre, pero es menester mirar al sol con vidrios deslustrados, de color ó ahumados, para que la intensidad de sus rayos no ofenda la vista. Juanito os leerá en el almanaque la hora en que dará principio y otras circunstancias que conviene tengais presentes al observarlo.»

Abrió en efecto Juanito el almanaque, y leyó lo que sigue:

«El 28 de julio, eclipse de sol visible, principio corregido á las 2 y 49 minutos de la tarde; conjunción eclíptica aparente á las 3 y 7 minutos; medio á las 3 y 40 minutos; fin á las 4 y 7 minutos; dígitos eclipsados, 5, $\frac{1}{2}$ 0. La luna hace la primera impresion á los 86° 40' derecha, vértice superior.»

Así terminó aquella conversacion, esperando los niños con impaciencia el día 28 de julio, y conviniéndose en preparar cristales ahumados para observar el eclipse.

Creemos que con la misma impaciencia lo esperarán los inocentes lectores de *La Aurora*, á quienes rogamos nos comuniquen sus observaciones para publicarlas como un ejercicio de redacción.

C.

INDOSTAN.



El Asia es la mas extensa de las cinco partes del mundo; donde tuvo origen el género humano; donde principiaron á brillar las artes y las ciencias para extenderse hasta los últimos límites del globo, y donde existieron los mayores imperios de que hay memoria, cuando casi todo el resto de la tierra estaba poco menos que desierto.

La parte meridional del Asia la forman vastas regiones al abrigo de los montes que se elevan por el N. y se deprimen gradualmente, formando verdes y risueñas colinas. Estas regiones se conocen con el nombre de India, tomado del río Indo ó Sind, que la baña por el occidente; y asimismo con el de Indias orientales, para distinguirlas de las occidentales ó las Américas.

Divídese la India por el Ganges en dos grandes penínsulas, llamada la una, oriental, Trasangética ó Indo-China; y la otra, occidental, del lado de acá del Ganges ó Indostan.

La península oriental, apenas conocida en la antigüedad, es hoy frecuentada por diversos pueblos, especialmente en las costas orientales. Sin embargo, los chinos y los ingleses son los que principal y casi exclusivamente hacen el comercio con aquella península. La occidental, era mas conocida de los antiguos y ha sido teatro de acontecimientos notables.

El Indostan está limitado al E. por la India Trasangética; al S. por el mar de las Indias; al O. por el Belutchistan y el Kabul, y al N. por el Tibet y el imperio chino. Riegan esta region diferentes ríos, entre los cuales sobresalen por la extension de su curso y el caudal de las aguas el Sind ó Indo (río negro), que trae su origen del monte Meron, y atravesando el Pengiab, corre de N. á S. á desaguar en el golfo de Oman por cinco desembocaduras inmensas; y el Ganges, río por excelencia uno de los mas caudalosos del mundo, que nace cerca del Sind, se desliza por entre arenas mezcladas de pajas de oro y piedras preciosas, y se pierde en el golfo de Bengala por muchas embocaduras, formando islas tan notables por su belleza, como por su fertilidad.

En el Indostan no se conoce el tránsito casi imperceptible de una estación á otra, pues no hay otoño ni primavera. Brilla el sol en todo su esplendor y fuerza la mayor parte del año, sin que osen las nubes interceptar sus benéficos rayos; y durante los meses de junio, julio, agosto y

setiembre se desprenden abundantes y continuas lluvias: á la primera estacion se llama verano y á la segunda invierno. El aire es sano y puro á pesar del excesivo calor y de la abundancia de lluvias, y no obstante haber tenido origen en aquellas regiones el cólera-morbo.

La naturaleza de sus frutos y animales distingue á aquella península de los demas paises del globo; el terreno es tan feraz, especialmente entre el Sind y el Ganges, que da dos cosechas, una en setiembre y otra en marzo y abril; y el suelo tan fecundo en producciones de todo género, que ha provocado la ambicion de los conquistadores, y ha atraído el comercio de todos los pueblos antes del descubrimiento del Nuevo-Mundo.

Los habitantes del Indostan se distinguen por su carácter suave y benévolo, por su humanidad y mansedumbre, lo cual unido á la molicie, á que propenden por el clima, les ha sometido casi siempre al infortunio y la opresion. Los hombres son de formas robustas y las mugeres graciosas y de bellas proporciones.

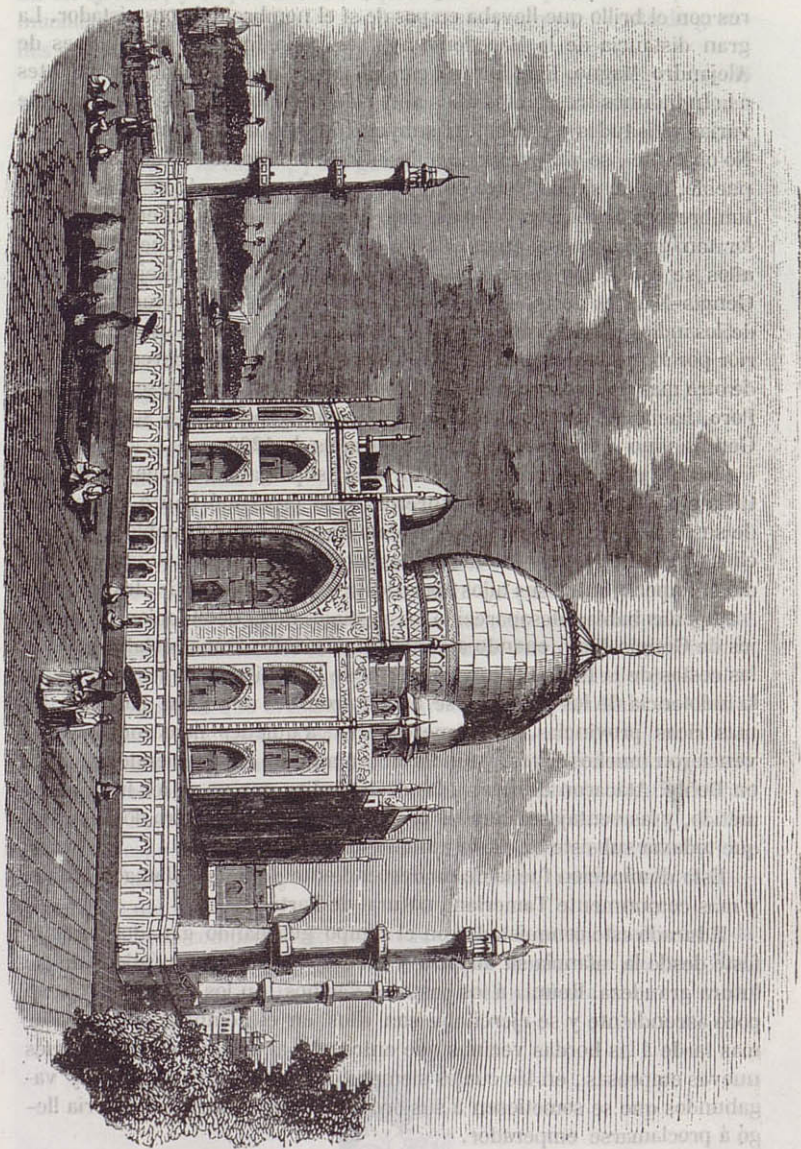
Es de creer que estas vastas regiones fueran habitadas en un principio por colonias egipcias. Así lo hace presumir la analogía entre la religion, usos y costumbres de ambos pueblos.

Los antiguos indios eran adictos á sus reyes hasta el punto de desconocer el significado de las palabras sedicion y revolucion, y rendian culto al Ser Supremo, sin mezcla alguna de idolatría. Fueron, sin embargo, degradándose y corrompiéndose insensiblemente, hasta llegar á ser, á imitacion de sus abuelos los egipcios, los mas supersticiosos del universo.

En tal estado, apareció un reformador, llamado Braema, Dios ó Gran Sábio, que sin proscribir la antigua religion, publicó otra nueva á su manera con extraordinario éxito. Adoptóse la reforma de unánime consentimiento, y desde entonces se consideró á Braema como el autor de la felicidad del pueblo indio, como á un hombre emanado del seno de la Divinidad, y se le concedió un poder sin límites. El legislador se aprovechó de este poder para asegurar los fundamentos de su religion.

Una de las principales reformas fué la division de los indios en las tribus ó castas de que ya tienen noticia los lectores de *La Aurora*; divisiones inicuas, que reservando para unos los privilegios, cargaba sobre los otros el peso de las privaciones y el oprobio, que habian de transmitir por herencia á sus infortunados hijos.

La fertilidad del suelo, los diamantes, las perlas y otras ricas producciones, y sobre todo, los inmensos tesoros que estas mismas producciones habian atraído de todas partes, tentaron la avaricia y la ambicion de afortunados guerreros en diversas épocas. Baco, Semíramis, Sesostris y Darío recorrieron á su vez el pais, llevando á todas partes el hierro y el fuego. Sus excursiones y conquistas fueron sin embargo de poca duracion por el valor feroz de los naturales.



Otra invasion, ocurrida largo tiempo despues, oscureció las anteriores con el brillo que llevaba en pos de sí el nombre del conquistador. La gran distancia de la Macedonia no libertó á la India de los ataques de Alejandro Magno. Este famoso conquistador llevó sus armas triunfantes á la India unos trescientos años antes de la era cristiana, y despues de varias vicisitudes y combates, subyugó á Poro, digno competidor suyo. No obstante, se vió precisado á desistir de la empresa de dominar aquel pueblo, donde sin embargo por el respeto á las leyes, á los usos y costumbres y á la religion del pais, dejó el recuerdo de su generosidad y valor tan grabado en el ánimo de los habitantes, que despues de dos mil años se repite hoy su nombre con veneracion. Desde Alejandro hasta Gengis-Kan, es decir, durante unos quince siglos, no fué turbada la paz de los indios por invasiones extrangeras. Gozaron tambien de paz interior por lo general, pues aunque todos los reyes particulares dependian de otro mas poderoso á quien pagaban tributo, este rey, descendiente de Poro, hacia consistir su gloria en defender y proteger á sus vasallos. Gengis vino á turbar esta paz por los años de 1200.

Nacido este conquistador en Tartaria, supo ganarse á fuerza de astucia el favor de algunos aventureros, y se proclamó kan ó emperador de su pais. Desde allí extendió su dominacion á otros pueblos, y entre ellos á la India, donde fué mas funesto que Alejandro. A su muerte dividió el imperio entre sus hijos, pero los tres tuvieron un fin desgraciado.

Apenas habian desaparecido los vestigios de la dominacion de los hijos de Gengis-Kan, cuando algunos comerciantes árabes establecidos en las costas de la India, aprovechándose de la debilidad de los reyes y de la indolencia de los pueblos, se apoderaron de una gran parte de las mas ricas provincias. Estos mercaderes, á quienes llamaron *patanes*, vencieron muchos reyes, y fundaron un imperio, estableciendo la capital en Dehly. Atacaron despues á los reyes indios que no se les habian sometido, y las ventajas obtenidas prepararon el terreno á otra dominacion, que todavia subsiste en parte aunque muy dividida.

Esta dominacion fué la de un descendiente de Gengis llamado Timur, y mas comunmente Tamerlan, natural de Tartaria.

Educado este conquistador en el campo guardando ganados, manifestó desde la infancia su audacia y fiereza, seguros pronósticos de su futura grandeza. Reunia á los pastores vecinos, en los cuales ejercia no poco ascendiente y se ejercitaba con ellos en el combate, para atacar mas tarde á las hordas vecinas que entregaba al pillaje. Intentó despues nuevas empresas, en las cuales siempre encontraba aventureros y vagabundos que se sometiesen á sus órdenes, y de victoria en victoria llegó á proclamarse emperador.

Rey y señor de Tartaria, declaró querer seguir las huellas de Gengis-Kan, y volver al imperio tártaro su esplendor y brillo. Formó con este

fin un ejército, y emprendió la conquista de varios pueblos. Después de muchas victorias, penetró en la India en 1400, y aunque á costa de grandes esfuerzos y trabajos, logró por fin sujetarla á su dominio.

Entró sin resistencia en Dehly, donde fué coronado y permaneció 15 días, al cabo de los cuales volvió á Cabul, dejando la India en la mas completa anarquía. Todos los gobernadores de las provincias trataban de apoderarse de la capital, y las guerras y disturbios civiles abrieron el camino del imperio á un descendiente de Timur, llamado Baber, rey de Cabul.

Baber tenia proyectada una expedición á la India, cuando le llamó en su auxilio un gobernador de Lahora. Se apresuró á concurrir á su llamamiento, y después de varias incursiones infructuosas, al frente de 18,000 mogoles empuñó con los indios una batalla, cuya victoria le valió subir al trono de Dehly y fundar el famoso imperio del Mogol.

Baber sujetó todos los países que habian pertenecido á Dehly, y algunos de sus sucesores contribuyeron tambien al engrandecimiento del imperio. No obstante, cuando parecia llegar á su mayor prosperidad, empezó su decadencia.

Los mogoles vivieron en continuas guerras y trastornos civiles. Con todo, fué algun dia un imperio poderoso y rico, donde las artes alcanzaron bastante esplendor. Monumentos nos han legado que así lo atestiguan. Entre otros puede citarse el Tadj Mahl ó sepulcro de Momtaz Mahl, que existe cerca de Agra y representa el grabado que acompaña á este artículo. Mandó construirlo el emperador Shah-Jehan para perpetuar la ternura que profesaba á su esposa, eternizando su memoria en el mármol. Este sepulcro que él mismo compartió con Momtaz Mahl es de tal magnificencia, que no se conoce igual en Oriente.

Además de las guerras intestinas, lo que contribuyó en gran parte á la decadencia de los mogoles, fué el establecimiento de algunos europeos en la India. Los portugueses, cuyo primer viaje se remonta al año 1498, y después los holandeses é ingleses establecieron factorías y entraron en luchas entre sí y con los reyes del país, apoderándose gradualmente del territorio.

En el dia, la compañía inglesa puede decirse que es dueña de toda la India, si se exceptúa un corto territorio que conservan los mogoles, y otra pequeña parte sujeta al dominio de reyes particulares.

C.



ESCENAS DE LA VIDA ORIENTAL.

Serafin, niño muy aficionado á la pintura, contemplaba con atencion un cuadro de Chacaton, representando una caravana árabe cerca de una fuente. Su hermano Teodomiro, para dar al pintor una idea exacta del cuadro, corrió á la librería, y tomando de ella un libro magníficamente encuadernado, leyó en él lo que sigue:

«En Oriente, donde es muy posible viajar por mucho tiempo sin hallar una sola gota de agua, un manantial es un don del cielo.»

«Las fuentes árabes, frescas y llenas de sombra, son frecuentemente teatro de las mas pintorescas escenas de la vida oriental. La fuente del desierto es la bucólica de los tiempos primitivos. Aun en el dia, el árabe nómada, guerrero, pastor y labrador como Jacob, coloca su tienda bajo la palmera del desierto, y se constituye dueño y guarda de la fuente. Sus hijos vienen á dar de beber en ella á los rebaños; sus hijas, de flexible talle y graciosas formas, llevando en su cabeza la antigua ánfora, como Raquel y Dinah, vienen á buscar el agua de la bienhechora fuente, cerca de la cual juegan y triscan los niños, como la ardilla en las palmeras. Allí mismo cambia el gefe de la tribu el toison de oro, la manteca fresca, la leche, la hospitalidad bajo la sombra y hasta el agua del manantial, por la tela, armas, tabaco, dátiles, maíz y adornos de cristal, que han de realzar la belleza de las mugeres y garantirlas del mal de ojo y de los sortilegios.»

«Las fuentes en la Arabia son tambien el lugar de la cita donde se reunen y forman las caravanas. Los árabes, cubiertos con sus albornoces de lana blanca que rechazan los rayos solares, se proveen allí de mercancías para pagar la hospitalidad del desierto; allí tambien el viajero europeo que atraviesa estas zonas ardientes para estudiar la naturaleza oriental, deja sus incómodas ropas para vestir un pantalon de tela blanca y una larga camisa azul, que un cinturón de cuero ciñe. Los factores negros compran en el mismo puesto para sus amos la harina, las cebollas, las lentejas y la pimienta, y para las bestias de carga las judías y guisantes molidos: los esclavos llenan los sacos, cargan los bagajes y la leña destinada á las fogatas que espantan con sus rojizos resplandores á los feroces huéspedes del desierto.»

«Vénse echados algunos camellos, mientras otros doblan sus largas piernas y se bajan para presentar sus hombros al viajero que ha de mon-

Por otra parte, el camellero se inclina, y sus formidables hombros



UNA CARAVANA.

tarlos. Por otra parte, el camellero se inclina, y sus fornidos hombros ofrecen una especie de escalon á la muger árabe, cuyo talle oculta el milayah ó manto, lo mismo que su cara el borko ó velo. Cuando todo está preparado, el jefe de la caravana monta su dromedario y comienza su peregrinación por el desierto. Colócanse los esclavos en sus camellos, destinados á conducirlos dos á dos: los guías árabes, vestidos con calzon de tela y una bata burda y oscura, entonan el canto melancólico de la despedida. Entonces la caravana entra en marcha y se interna en el desierto. Camina al principio por una sábana inculta, por algunos verdes valles á que dan sombra las mimosas, y donde á la noche revolotean las tórtolas y cardenales. Pasan luego á aquellas inmensas soledades, donde la vista sigue el vuelo de las perdices grises, de las palomas salvajes y de las golondrinas del desierto, donde mora el avestruz gigantesco, la ligera girafa y la juguetona gacela. A estas soledades animadas suceden las estepas áridas, desnudas, inmóviles y silenciosas, que el miraje transforma á veces en paisajes regados por varios arroyuelos. De aquí pasa este ejército de viajeros á las llanuras de granito y mármol, á los montes descarnados y confundidos, elementos de una naturaleza informe, cuyos flancos cavernosos repiten durante el silencio de la noche los ecos del rugido de la leona y del aullido de la hiena, del tigre y del chacal. La caravana toca por fin aquellas eternas olas de arenas ardientes, que el viento del Sud agita sin cesar, y donde se borra todo vestigio humano. Guiada por el piloto la caravana comienza la travesía, arrojando la fatiga, la sed de una atmósfera ardiente y los ataques de los beduinos, piratas del desierto.»

Dejó entonces de leer Teodomiro y dijo á su hermano: *Tal es el objeto del cuadro que ahora contemplas con tanto cuidado.*

Esto probará á nuestros jóvenes lectores que el buen pintor necesita tener vastísimos conocimientos. Además de los que parece estar inmediatamente relacionados con la pintura, tales como el dibujo, perspectiva etc., necesita el pintor profunda instrucción en otros ramos para que haya verdad en sus cuadros. Sin el estudio de anatomía y fisiología no es posible la exacta representación de la figura humana; sin el estudio de la historia debe cometer el pintor muchos anacronismos en los trajes, usos y costumbres de los pueblos; sin conocer la geografía y la historia natural no pueden representarse los paisajes y los seres de los tres reinos de la naturaleza sino con mil impropiedades, y lo mismo pudiéramos decir de otras muchas cosas que sería largo enumerar.

M. P.

EL PESCADOR Y SU HIJO.

Mateo, honrado pescador de Barcelona, de edad avanzada, tenía un hijo llamado Antonio.

Hubiera podido vivir con comodidad trabajando mucho menos y sin exponerse con frecuencia á los peligros del mar durante las noches tempestuosas; pero por ser útil á su hijo, sufría con gusto todos los trabajos y desafiaba los peligros.

La madre de Antonio le profesaba la mayor ternura. Dos veces estuvo á las puertas de la muerte en sus mas tiernos años, y hubiera sucumbido indudablemente á la fuerza del mal, á no mediar los asíduos cuidados de su bondadosa madre.

Estos excelentes padres enviaron á Antonio á la escuela desde el momento que fue capaz de aprender alguna cosa. Hizo rápidos progresos en el estudio, y encantado el profesor de su aplicacion y talento, aconsejó á sus padres que le diesen la mayor instruccion posible. Convinieron estos; y á fin de atender á los gastos que habia de causar, redoblaron el trabajo y la economía.

Pasaban los padres con un pedazo de pan y un vaso de vino comun á fin de poder pagar á los maestros de Antonio y comprar á este los libros necesarios para sus estudios.

Dios bendijo los sacrificios de estos excelentes padres y la buena conducta de su hijo. Antonio llegó á ser un marino tan instruido como valiente. Habiéndose distinguido por sus generosas acciones, fue admitido en la marina del estado con el grado de oficial, y en poco tiempo hizo progresos notables en su carrera.

Desde entonces alquiló una hermosa casa con jardin para sus padres y procuró proporcionarles cuanto podia contribuir á dulcificar los achaques de su vejez.

Cuando no estaba en el mar vivia con ellos, les servía y pasaba las tardes en su compañía. Les trataba con respetuosa ternura y tenía mucho cuidado de que los honrasen igualmente los que le visitaban, procurando hacerles partícipes de todos sus placeres.

«¡Cuánto te debemos, hijo mio! exclamaban con frecuencia los padres.

«¡Yo sí que os lo debo todo, respondia Antonio. Os debo lo que soy, lo que poseo y lo que sé; ¡por mucho que haga, no podré nunca pagar dignamente esta deuda sagrada!

B.

Honrarás á tu padre y á tu madre.

No debemos respetar á nuestros padres en la niñez y juventud solamente, sino durante toda la vida. Cuanto mayor sea nuestra edad, tanto mas sagrado es este deber, porque tiene mayor influencia nuestro ejemplo.

No hay dignidad ni posicion social, por brillante que sea, que pueda dispensarnos de este deber.

Mientras vivimos al lado de nuestros padres, debe manifestarse este respeto por una continúa atencion en agradarles, por una deferencia sin límites, y por los mas asiduos cuidados.

Si vivimos lejos de ellos, es menester escribirles con frecuencia, informarnos de su salud, darles parte de todo, no hacer nada importante sin consultarles y visitarlos con la mayor frecuencia posible.

No basta que les honremos nosotros mismos; debemos hacer que nuestra muger, nuestros hijos y nuestros criados les tengan el mayor respeto; debemos hacer que nuestros hijos los honren tanto como nosotros mismos.

Si somos mas instruidos que nuestros padres, no por eso debemos enorgullecernos y creernos superiores á ellos. Valdria mas ser completamente ignorantes que adquirir una instruccion que corrompiese nuestro corazon, haciéndonos hijos desnaturalizados é ingratos.

Sucede á veces que un jóven, por sus talentos, por su valor ó por un favor especial de la Providencia, se eleva sobre su condicion: llega á ser rico, poderoso, ilustre. Entonces debe tener la mas grata satisfaccion en hacer participar á sus padres de las ventajas que disfruta; este deber ha de ser para él un placer, y el mas puro, el mas delicioso de todos los placeres.

Dícese que algunos hijos desnaturalizados que llegan á ser sábios ó ricos, se avergüenzan de los vestidos groseros y de la pobreza de sus padres. No creo en la existencia de tales mónstruos; ó si existiesen, seria en bien corto número, y causarian á las personas honradas desprecio y horror.

En fin, el respeto á los padres no debe cesar con la vida. Debemos conservar y honrar cuidadosamente su memoria.

B.

ANDRÉS.

Andrés era un niño que profesaba á sus padres el mas entrañable cariño. Paseábase una noche á las orillas de un estanque, cuyas aguas reflejaban el resplandor de la luna. La calma del campo, iluminado por esta suave luz, la belleza de la noche y los tiernos acentos del ruiseñor le infundieron un agradable sueño.

Al despertar volvióse á su casa y bajo la verde bóveda formada por los pámpanos que cubrían la entrada, encontró á su anciano padre acostado en la yerba, entregado á un pacífico sueño.

Conmovido el niño, se detuvo á contemplar á su querido padre, experimentando la mas deliciosa satisfacción. Sin separar la vista de él, sino para dirigirla de vez en cuando al cielo por entre el verde follaje, derramaba lágrimas de alegría y de amor, diciendo:

«¡Oh padre mio! objeto predilecto de mi amor despues de Dios, ¡cuán dulcemente descansais! ¡cuán tranquilo es el sueño del justo! Sin duda habeis salido de casa para ofrecer á Dios vuestras súplicas y se han cerrado vuestros ojos dulcemente.

¡Tambien habreis rogado por mi felicidad! Escuche Dios vuestros ruegos. Si nuestros campos se cubren de fecundas mieses, si nuestros prados alimentan numerosos rebaños, es porque nos bendice el cielo á causa de vuestra virtud.

¡Con cuánta felicidad siento palpar mi corazon al veros derramar lágrimas de alegría, y elevar al cielo vuestras miradas, pidiéndole que me bendiga por los escasos servicios que presto á vuestra ancianidad!

¡Cómo os sonreis en medio de vuestro sueño! ¡Ah! soñais sin duda en alguna de las buenas acciones que practicais con tanta frecuencia. Pero temo que el fresco de la tarde ó el rocío os haga mal.»

Diciendo esto, le besó en la frente para despertarle, y le condujo á casa para que durmiese con mas comodidad.

B.



LOS SANTOS EVANGELISTAS.

(Conclusion.)

San Lucas. Este glorioso evangelista manifestó decidida inclinación al estudio de las letras y á la virtud desde sus mas tiernos años. Ejerció



San Lucas.

el arte de curar con especial acierto, y luego se dedicó á la pintura con objeto de entretenerse honestamente los ratos de ocio, dejándonos algunas imágenes de Jesus y María, retratadas muy al vivo para recreo y consuelo de los fieles.

Hijo de una familia noble y distinguida de Antioquia, no titubeó en sacrificar su bienestar y riquezas para dedicarse á la predicación del Evangelio.

Compañero del apóstol San Pablo en la predicación, lo fue tambien en los trabajos y persecuciones, que sufrió con la mayor resignación y paciencia. Recorrió el Egipto y la alta y baja Tebaida, habiendo ejercido el obispado con excelentes frutos para la iglesia en este último pais. Despues de haber convertido gran número de infieles á la fé de Cristo y de haber gastado toda su vida en santas ocupaciones, descansó en paz á los 84

años de edad, como dice San Gerónimo, el 18 de octubre del año 96 del Nacimiento de Cristo. No falta, sin embargo, quien dé á entender que recibió los honores del martirio.



San Juan Evangelista.

jo del Zebedeo y de María Salomé, y hermano del apóstol Santiago el Mayor.

Enseñaron el Evangelio á este glorioso santo la Virgen Santísima, San Pablo y otros apóstoles, y lo escribió antes de pasar á Egipto, á fin de que pudiera servir para la predicación y la enseñanza.

El Evangelio de San Lucas se divide en XXIV capítulos, y contiene lo relativo al nacimiento de San Juan Bautista y á la infancia de Jesucristo, además de lo que refieren San Mateo y San Marcos; y fue escrito en lengua hebrea, según unos, y en griego, según otros.

San Juan Evangelista. Este bienaventurado apóstol y evangelista fue favorecido muy particularmente por Jesus, de quien no se separó durante su Pasión y Muerte en el monte Calvario, cuando todos los discípulos le habían abandonado.

Era natural de Betshaida de Galilea, hijo del Zebedeo y de María Salomé, y hermano del apóstol Santiago el Mayor.

80 Discípulo amado del Señor, entró en el apostolado, siendo todavía muy jóven, en compañía de su hermano Diego. Disfrutó el singular favor de que Jesucristo le permitiese recostarse sobre su santísimo pecho el día de la última y misteriosa cena, y de que estando nuestro Redentor pendiente en la cruz, al dirigirse á la Sacratísima Virgen y despues á su querido discípulo, pronunciase aquellas palabras, llenas de amor y sentimiento: *Muger, hé aqui tu hijo*, señalándole á San Juan; y volviéndose á este: *hé aqui á tu madre*.

Despues de la muerte de nuestro Salvador, asistió á la Santísima Virgen con singular solicitud y reverencia, mientras permanecia en Jerusalem y en Judea, llevándola despues consigo á Efeso.

Predicó en Asia la doctrina de Jesucristo que habia bebido en el pecho del Señor, fundó en ella siete iglesias en siete ciudades principales, y con su Evangelio convirtió muchas provincias y refutó los errores de algunos herejes que negaban la divinidad de Jesucristo. Por fin, despues de una vida llena de trabajos y privaciones, descansó en paz en 27 de Diciembre del año del Señor 101.

San Juan escribió su Evangelio en Efeso, á peticion de los obispos de Asia, contra Cernito y otros herejes, especialmente, como dicen algunos padres de la Iglesia, para refutar el error que empezaban á extender los ebionitas negando la divinidad de Jesucristo. Está escrito con mas claridad y sutileza que los otros Evangelios, y como dice San Agustin, contiene muchas cosas que omitieron los otros Evangelistas. Parece que se escribió en griego por los años de Jesucristo 96. El Apocalipsi lo escribió en la isla de Pathmos.

Divídese el Evangelio de San Juan en XXI capítulos.

M.

EL NIÑO Y EL GATO.

CUENTO.

Leoncio, niño de cuatro años, solia divertirse con un gato, ya jugando con él, ya mortificándolo de mil maneras.

Un día, despues de haberle pinchado las orejas y de hacer otros males al pobre animalito, le tomó de la cola y le balanceaba como un incensario. Impacientado el gato, aprovechó un descuido, y volviéndose de repente, arañó al niño en una mano.

Dió un grito Leoncio!, y fué á enseñar su mano ensangrentada á María, niña de mayor edad, que le habia reprendido varias veces su crueldad con el gato.

«Muy bien, le dijo María, muy bien, señorito. ¡No haces caso de lo que te digo! ¿Te gustaria á tí que te maltratasen?»

Leoncio hizo poco caso de esta leccion, y se fué corriendo á encontrar á su mamá. Viéndole esta ensangrentado, le sentó en su rodilla, y empezó á limpiarle la sangre con su pañuelo de batista, diciéndole:

«¿Quién te ha hecho esto, hijo mio? ¿Has tocado acaso el rosal? pues ya sabes que te lo he prohibido!»

Pero como continuaba saliendo sangre, bajó la voz la pobre señora, y sus tiernas miradas indicaban al niño que le perdonaba.

«No señora, dijo el niño. ¡Me ha hecho daño el gato!.... ¡Es preciso castigarlo!»

—¿El gato, á quien tanto quieres?»

—Sí señora; es muy malo, y ya no le quiero.

—¿Qué es lo que ha sucedido?»

—¡Nos estábamos divirtiendo, y me ha arañado!»

—¿Os divertíais? ¿á qué juego?»

—Lo habia cogido de la cola y lo estaba balanceando..... ¡era tan divertido!»

—Mal hecho, hijo mio. Ese juego no debia ser del gusto del gato.

—¿De veras?»

—De veras. Cuando se trata de jugar es preciso que todos se diviertan. El que no piensa mas que en sí mismo, es un egoista y nadie le aprecia.

—¿Nadie le aprecia?»

—Nadie.

—¿Tampoco los gatos?»

—Tampoco. Es menester estudiar los gustos y las inclinaciones de los demas, y á veces sacrificar los nuestros á los de los otros. ¿Lo comprendes?»

—Sí señora.

—Voy no obstante á explicártelo. Ahora mismo, por ejemplo, por bondad, por justicia, debias haber dejado al gato en el momento que has observado que lo mortificabas.

—¡Verdad es! ¡Bien conocia yo que esto no le divertia, pero me divertia á mí tanto!»

—Eso es lo que se llama egoismo. Decias hace un momento que no quieres al gato, ¿pero le has querido alguna vez? No, tú te engañas; te amas á tí mismo; no piensas mas que en jugar, y el pobre gato es siempre la víctima.

—¡Verdad es que he hecho mal! dijo Leoncio sollozando.

—Tú haces mal de continuo, y el gato solo ha hecho mal una vez, después de cuatro meses de paciencia! júzgate tú mismo.»

Reflexionó el niño sobre estas palabras, y luego dijo:
«¡Quiero abrazar al gato!»

Tomó de la mano á su mamá, porque tenia miedo, y volvió á su cuarto.

Cuando le vió el gato, empezó á hacer Fff! fff! fff! como diciendo: aun viene á atormentarme. Pero la madre acarició dos veces al gato, y olvidando este lo pasado, se acercó al niño para acariciarle á su vez, y la madre, para consolarlos, abrazó á entrambos.

M. DE STELZ.

Rasgos de Luis XII.

Aconsejaba un cortesano á Luis XII la confiscacion de los bienes de un rico propietario que le habia ofendido antes de su advenimiento al trono. «Cuando me ofendió, dijo Luis XII, no era yo su rey; siéndolo, soy tambien su padre; debo perdonarle y defenderle.»

Tratábase de persuadirle lo mismo en otra ocasion, incitándole á vengarse de los ultrajes que habia recibido siendo duque de Orleans. «El rey de Francia, replicó, no venga los insultos hechos al duque de Orleans.»



EJERCICIOS.

EXPLICACION DE LOS SEÑALADOS EN EL NÚMERO DE JUNIO

ANÁLISIS.

No se inserta por su demasiada extension.

PROBLEMA DE ARITMÉTICA.

SOLUCION.

Siendo igual á 12 la suma de los dos primeros números, y á 16 la de los dos últimos, es evidente que $12+16$ será igual al doble del segundo número, mas el primero y el tercero, y siendo la suma de estos dos igual á 14, se tendrá:

$$12+16-14=14$$

duplo del segundo número, y de consiguiente, este será igual á 7. Hallado el segundo número, y restado de 12, nos dará el primero, que es 5, y de 16 el tercero, que es 9.

NIÑOS QUE HAN EJECUTADO LOS EJERCICIOS.

Por un olvido involuntario no se publicó en el número anterior el nombre de D. Marcelino Viced, de Teruel.

ANÁLISIS.

D. Enrique Illa, D. Eduardo Guitian y D. Aniceto Borda, de Guadalajara; D. Marcelino Viced y Mañá, D. Pablo Navarrete, D. Francisco Sebastian, D. Pedro Antonio Andrés, D. Miguel Monforte y D. José Muñoz, de Teruel; D. Juan Angel Monquillo, D. Manuel Sarinena, D. Antonio Cuartero y D. German Egea, de Tauste; D. Claudio Fábregas, D. Manuel Codina y D. Gerónimo Darder.

ARITMÉTICA.

D. José Meix, D. Tomás Sucona, D. Pedro Batlle, D. Agustín Simó, D. Ricardo de Barberá y Bla, D. Francisco Ferré, D. Meliton Vergés, D. José Sardá, D. Esteban Bonet y Martí y D. José Carbajo, de Reus; D. Eugenio de Neira y Salunce, de Sarria; D. Eloy Redondo de Alday, de Valladolid, y D. José María Gallego, de Orihuela.

Niñas. Doña Concepcion Lopez, de Tanste.

TODOS LOS EJERCICIOS.

D. Juan Rodríguez Cao, de Betanzos; D. José Cortés y Aguilar, de Mediana; D. Silvestre Supencia, de Tanste; D. Bráulio Lobo, D. Enrique Medrano, D. Tomás Bueno y D. Eduardo Gutierrez, de Mota del Marqués; D. S. Sardá Llavería, D. Narciso Dalman y Maseras, D. José Genis, D. Antonio Genis y Jaime, D. Juan Dalman y Marqués y D. Salvio Jofra y Fina, de Palafrugell; D. Jaime Franquet, D. José Gasset, don Juan de Barberá y Aufres, D. Carlos Dalman y Martí y D. Pedro Pallisé Llaurado, de Reus; D. Joaquin Barco, D. José Casanova, D. Miguel Galiardo, D. Francisco Sandoval y D. Enrique Bastida, de Almuñécar; don Narciso Valmaña y Capell y D. Simon Vila y Raure, de Calonge; D. Feliciano Moranges, de Selva de Mar; D. Enrique Illa, D. Juan Casado, D. Adrian Minguez, D. Félix García, D. Juan Notario, D. Rómulo Bermudez, D. Emilio Carrasco, D. Nemesio Zoldivar y D. Cayo Martinez, de Guadalajara.

Niñas. Doña Amparo Nieto, de Madrid; doña María Miguel y Jordi y doña Rita Jofra y Monserrat, de Palafrugell.

EJERCICIOS PARA EL MES DE JULIO.

Análisis gramatical y lógico.

Amaneció el 2 de mayo, día de amarga recordacion, de luto y desconsuelo, cuya dolorosa imagen nunca se borrará de nuestro afligido y contristado pecho.

(Toreno).

PROBLEMA DE ARITMÉTICA.

Tomando la superficie de Europa por unidad, resulta, según la estadística, que la población de Asia es $\frac{11}{7}$, la de Africa $\frac{3}{11}$, y la de América $\frac{1}{11}$. Suponiendo que la población de Asia sea de 390.257.000, calcúlese cuál será la de cada una de las otras partes del mundo.

SUMARIO DE ESTE NUMERO.

Efectos de la clemencia, ó la cascada de Pont-Gibaud.—Eclipse de sol.—Indostan.—Escenas de la vida oriental.—El pescador y su hijo.—Honrarás á tu padre y á tu madre.—Andrés.—Los santos Evangelistas.—El niño y el gato.—Rasgos de Luis XII.—Ejercicios.

Madrid: 1851.—Imp. de A. Vicente. Lavapiés, 40.